

Del voto de rechazo al voto de supervivencia: partidos débiles, electores volátiles y nuevas lógicas del comportamiento electoral en el Perú rumbo a 2026

From Rejection Voting to Survival Voting: Weak Parties, Volatile Electorates, and New Logics of Electoral Behavior in Peru Ahead of the 2026 Elections

Sabrina Araceli Romero Chero♦

Pontificia Universidad Católica del Perú

ORCID: [0009-0004-3796-5831](https://orcid.org/0009-0004-3796-5831)

Rodrigo Salcedo González♦♦

Pontificia Universidad Católica del Perú

ORCID: [0009-0002-7357-7938](https://orcid.org/0009-0002-7357-7938)

Fecha de recepción: 26 de enero del 2026

Fecha de aceptación: 21 de junio del 2026

ISSN: 2415-2498

Romero, S. & Salcedo, R. (2026). «Del voto de rechazo al voto de supervivencia: partidos débiles, electores volátiles y nuevas lógicas del comportamiento electoral en el Perú rumbo a 2026». *Politai: Revista de Ciencia Política*, Año 17, N.º 28: pp. 220-249.

DOI: <https://doi.org/10.18800/politai.202601.010>

-
- ♦ Estudiante de Ciencia Política y Gobierno en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) y becaria de CAFED. Directora de la Comisión de Investigaciones de la Asociación Civil Politai, donde participa en iniciativas vinculadas a la investigación y el análisis político. Sus principales intereses académicos se centran en la política comparada, las ideologías políticas, la teoría política y la filosofía política, con particular interés en el estudio de las dinámicas y transformaciones de la política contemporánea. A la autora le gustaría agradecer a su madre, y a quienes un día votaron para cambiar su país y hoy votan, simplemente, para poder vivir en él. Correo electrónico: a20216801@pucp.edu.pe
 - ♦♦ Estudiante de Relaciones Internacionales en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Miembro de la Comisión de Investigación de la Asociación Civil Politai, con interés en política internacional, procesos decoloniales y dinámicas de poder entre el Norte y Sur Global. Ha participado como ponente en espacios académicos vinculados a los estudios internacionales y cuenta con experiencia en la elaboración de artículos y análisis sobre coyuntura nacional e internacional. A el autor le gustaría agradecer a quienes un voto puede cambiarles la vida, arrebatársela o permitirles seguir adelante. Correo electrónico: a20231767@pucp.edu.pe

RESUMEN

El artículo analiza el proceso electoral peruano rumbo a las elecciones generales de 2026 en un contexto caracterizado por la pérdida de capacidad estructurante de las ideologías, la debilidad organizativa del sistema de partidos y una profunda crisis de representación política. A partir de este escenario, se examina cómo la fragmentación partidaria, la baja institucionalización y la alta volatilidad electoral han transformado el comportamiento político, desplazando el voto programático hacia decisiones más defensivas, reactivas y de corto plazo.

El trabajo sostiene que la competencia electoral ya no se organiza principalmente en torno al eje ideológico izquierda-derecha, sino en función de la capacidad de ciertos candidatos para canalizar el malestar ciudadano mediante discursos *anti-establishment*. Estos discursos se alimentan de la desconfianza hacia la clase política, la percepción de corrupción y el deterioro de la capacidad estatal. Sin embargo, el artículo plantea que este enfoque resulta insuficiente si no se considera un elemento clave del contexto peruano actual: la creciente centralidad de la inseguridad ciudadana.

En este marco, se propone el concepto de “voto de supervivencia”, entendido como una decisión electoral orientada a la búsqueda de protección frente a amenazas inmediatas, especialmente la criminalidad. Este tipo de voto reconfigura los criterios de elección, priorizando a aquellos candidatos que proyectan orden, autoridad y eficacia, independientemente de su ubicación ideológica o pertenencia al *establishment*. Así, el rechazo político deja de ser un fin en sí mismo y se subordina a una lógica instrumental centrada en la seguridad.

Metodológicamente, la investigación adopta un enfoque cualitativo basado en el análisis interpretativo de literatura académica y datos secundarios de encuestas e informes. Entre sus hallazgos, se identifica que la combinación de partidos débiles, desestructuración ideológica e inseguridad creciente favorece la emergencia de liderazgos personalistas y dinámicas de corte populista. En consecuencia, el artículo concluye que este patrón electoral plantea importantes desafíos para la democracia peruana, al limitar la representación efectiva, la gobernabilidad y la construcción de proyectos colectivos de largo plazo.

Palabras claves: *sistema de partidos, voto de supervivencia, anti-establishment, volatilidad electoral, ideología política, democracia peruana*

ABSTRACT

This article analyzes the Peruvian electoral process leading up to the 2026 general elections in a context characterized by the loss of ideologies' structuring capacity, the organizational weakness of the party system, and a profound crisis of political representation. Against this backdrop, it examines how party

fragmentation, low institutionalization, and high electoral volatility have transformed political behavior, shifting the programmatic vote toward more defensive, reactive, and short-term decisions.

The study argues that electoral competition is no longer organized primarily around the left-right ideological axis, but rather based on the ability of certain candidates to channel public discontent through anti-establishment rhetoric. This rhetoric is fueled by distrust of the political class, perceptions of corruption, and the deterioration of state capacity. However, the article argues that this approach is insufficient if it fails to consider a key element of the current Peruvian context: the growing centrality of public insecurity.

Within this framework, the concept of the “survival vote” is proposed, understood as an electoral decision aimed at seeking protection against immediate threats, especially crime. This type of vote reshapes voting criteria, prioritizing candidates who project order, authority, and effectiveness, regardless of their ideological stance or affiliation with the establishment. Thus, political rejection ceases to be an end in itself and becomes subordinate to an instrumental logic centered on security.

Methodologically, the research adopts a qualitative approach based on the interpretive analysis of academic literature and secondary data from surveys and reports. Among its findings, the study identifies that the combination of weak parties, ideological fragmentation, and growing insecurity favors the emergence of charismatic leadership and populist dynamics. Consequently, the article concludes that this electoral pattern poses significant challenges for Peruvian democracy by limiting effective representation, governance, and the development of long-term collective projects.

Keywords: *party system, survival vote, anti-establishment, electoral volatility, political ideology, peruvian democracy*

Introducción: el desencanto político como punto de partida

El Perú se encamina hacia las elecciones generales de 2026 inmerso en una atmósfera de profundo deterioro político, social e institucional. Lejos de representar un proceso electoral convencional, el próximo ciclo electoral se perfila como el reflejo de una democracia exhausta, marcada por la desconfianza ciudadana, la fragmentación del sistema de partidos y una creciente sensación de vacío político. En este contexto, la política ha dejado de ser percibida como un espacio de mediación de intereses colectivos y construcción de proyectos de país, para convertirse en un terreno dominado por la improvisación, el oportunismo y la disputa por cuotas de poder sin horizonte programático claro. Como señala Dador (2025), el país atraviesa una crisis profunda de representación y legitimidad, en la que la democracia parece haber perdido su capacidad de generar bienestar y sentido de pertenencia entre la ciudadanía. Este escenario no solo ha debilitado la confianza en las instituciones representativas, sino que también favorece la emergencia de discursos *anti-establishment* que cuestionan a las élites políticas tradicionales y ofrecen respuestas simplificadas frente al malestar ciudadano, lo que configura un contexto particularmente propicio para analizar las lógicas que orientan el comportamiento electoral rumbo a 2026.

Este desencanto tiene como trasfondo una profunda crisis de representación política. Como sostienen Barrenechea y Vergara (2024), el sistema político peruano atraviesa un proceso de vaciamiento representativo, caracterizado por la fragmentación electoral, el predominio de liderazgos personalistas y la progresiva erosión de los vínculos entre representantes y ciudadanía. En este contexto, los partidos, lejos de cumplir su función de intermediación entre la sociedad y el Estado, son percibidos como organizaciones débiles, carentes de identidad ideológica y de arraigo social. En un escenario de pluralismo exacerbado, con más de cuarenta organizaciones políticas inscritas, la oferta electoral aparece fragmentada, indiferenciada y poco inteligible para el elector promedio (Dador, 2025). Como consecuencia, los ciudadanos encuentran crecientes dificultades para identificar proyectos colectivos y liderazgos programáticos capaces de canalizar sus demandas, lo que profundiza el vacío de representación. No resulta casual, en ese sentido, que una proporción significativa de la ciudadanía considere que la democracia podría funcionar sin partidos o incluso sin Congreso (IEP, 2025a, mayo), percepción que refleja el deterioro de la legitimidad de las instituciones representativas y amplía el espacio para el ascenso de candidaturas y discursos *anti-establishment*, cuya legitimidad se construye a partir del cuestionamiento de las élites políticas tradicionales (Barrenechea y Vergara, 2024; Dador, 2025).

En este escenario, la desafección ciudadana se consolida como uno de los rasgos más visibles de la política peruana contemporánea. Los niveles de desaprobación del Ejecutivo y del Congreso superan el 90%, lo que refleja una ruptura casi total entre representantes y representados (IEP, 2025a, mayo). Esta desafección no responde únicamente a desempeños gubernamentales coyunturales, sino también a una percepción más profunda: amplios sectores de la ciudadanía consideran que el país es gobernado por élites políticas desconectadas de las necesidades de la población, que actúan en función de intereses particulares y con escasa rendición de cuentas (Dador, 2025). Como resultado, la democracia deja de ser percibida como un régimen capaz de garantizar derechos y oportunidades, y pasa a entenderse como un sistema incapaz de ordenar la vida colectiva y ofrecer horizontes compartidos de futuro.

La crisis de representación y la desafección ciudadana también han debilitado la capacidad de las identidades ideológicas para estructurar la competencia electoral. Aunque las ideologías continúan presentes en el debate público, su influencia sobre las preferencias electorales resulta cada vez más difusa. En este contexto, la competencia política se desplaza desde la confrontación entre proyectos programáticos hacia estrategias de comuni-

cación centradas en la imagen, la emocionalidad y el impacto mediático inmediato. Como sostiene Aguirre (2000), el predominio del marketing político transforma al votante en un consumidor de símbolos y eslóganes, desplaza el debate de ideas y sustituye los proyectos de nación por narrativas simplificadas orientadas al beneficio electoral de corto plazo. De manera complementaria, la comunicación política opera como un "hipercódigo" que atenúa las diferencias sustantivas entre las candidaturas y fortalece la percepción de que los actores políticos son intercambiables, lo que alimenta el escepticismo y la volatilidad electoral (Aguirre, 2000).

Este proceso no implica, sin embargo, el "fin de las ideologías". Como plantean Harrison y Boyd (2018), las ideologías pueden persistir como marcos implícitos o "relajados" que continúan orientando la interpretación de la realidad aun cuando dejan de expresarse mediante proyectos partidarios claramente diferenciados. En el caso peruano, las identificaciones ideológicas formales subsisten, pero han perdido capacidad para organizar de manera decisiva el comportamiento electoral (IEP, 2025a, mayo). En la misma línea, Dador (2025) sostiene que las organizaciones partidarias presentan membresías vaciadas de contenido ideológico, lo que favorece una competencia basada en liderazgos personalistas antes que en proyectos colectivos. Este escenario de desarticulación ideológica no elimina las diferencias políticas, pero sí reduce su capacidad para estructurar la competencia electoral y crea condiciones favorables para el ascenso de candidaturas que construyen su legitimidad a partir del cuestionamiento del *establishment* político.

Entre los distintos factores que caracterizan la actual crisis política peruana, el presente artículo pone especial énfasis en el ascenso de los discursos *anti-establishment*, por considerar que constituyen uno de los principales mecanismos mediante los cuales el malestar ciudadano se traduce en apoyo electoral. La literatura ha mostrado que estos actores construyen su identidad política a partir del rechazo a la clase política tradicional y de la promesa de ruptura con el orden establecido (Schedler, 1998). En el caso peruano, este tipo de liderazgos no constituye un fenómeno excepcional, sino una constante de la competencia electoral desde el colapso del sistema de partidos. La persistencia de profundas fracturas sociales y territoriales, junto con la fragilidad de las organizaciones partidarias, ha favorecido la recurrencia de candidaturas que canalizan el descontento ciudadano mediante discursos de confrontación con las élites políticas (Barrenechea y Vergara, 2024). Asimismo, la creciente personalización de la política y las nuevas dinámicas de comunicación han fortalecido la figura de candidatos que privilegian el liderazgo individual por encima de las estructuras partidarias, ampliando las oportunidades de éxito para outsiders y actores que se presentan como ajenos a la política tradicional (Rodríguez, 2016).

No obstante, aunque esta literatura explica de cierta manera el atractivo electoral de las candidaturas *anti-establishment*, presta menor atención a las transformaciones en los criterios mediante los cuales los ciudadanos deciden su voto en contextos de deterioro extremo de la seguridad pública. En el Perú previo a las elecciones de 2026, la inseguridad ciudadana dejó de constituir únicamente un problema de política pública para convertirse en una preocupación cotidiana que reordenó las prioridades del electorado. La extorsión fue identificada como el principal problema de seguridad por el 76% de la población y el 58% de los ciudadanos consideraba que el próximo gobierno no sería capaz de enfrentar eficazmente la criminalidad (Carrasco, 2026). De manera similar, una parte importante de la ciudadanía atribuye el incremento de la delincuencia a la corrupción en las instituciones de seguridad y justicia (45%), a la incapacidad del Congreso para aprobar las reformas necesarias (41%), a la debilidad de la legislación penal (33%) y a la falta de liderazgo del Poder Ejecutivo (Ipsos, 2025). En este contexto, el discurso *anti-establishment* continúa siendo un mecanismo privilegiado para canalizar el descontento ciudadano, pero resulta insuficiente para explicar por sí solo por qué determinados candidatos concentran mayores expectativas electorales. La creciente demanda de orden y seguridad introduce una lógica adicional que exige ampliar el marco de análisis.

A partir de este diagnóstico, el presente trabajo se articula en torno a una pregunta central: ¿cómo se transforma el comportamiento electoral en un contexto donde las ideologías han perdido capacidad estructurante, los partidos políticos carecen de legitimidad social y los discursos *anti-establishment* adquieren creciente centralidad en la competencia política? Más que explicar el éxito de una candidatura en particular, esta investigación busca comprender cómo estas transformaciones reconfiguran los criterios mediante los cuales los ciudadanos evalúan las alternativas electorales en el Perú previo a las elecciones generales de 2026.

La hipótesis que orienta este artículo sostiene que el debilitamiento de los anclajes ideológicos, la crisis de representación y el ascenso de discursos anti-establishment generan un escenario propicio para la emergencia de una modalidad específica de comportamiento electoral que este trabajo denomina voto de supervivencia. A diferencia del voto estrictamente *anti-establishment*, cuyo eje principal es el rechazo a las élites políticas, el voto de supervivencia responde prioritariamente a la búsqueda de protección frente a amenazas percibidas como inmediatas para la vida cotidiana, especialmente la inseguridad ciudadana. En este contexto, el respaldo electoral tiende a concentrarse en aquellas candidaturas que proyectan una mayor capacidad para restablecer el orden y garantizar condiciones mínimas de seguridad, independientemente de que pertenezcan o no al establishment político.

Desde esta perspectiva, un elector puede respaldar una candidatura *anti-establishment* porque considera que será la más eficaz para enfrentar la delincuencia y restablecer el orden público, pero también podría optar por una candidatura perteneciente a partidos tradicionales si percibe que ofrece mayores garantías para alcanzar ese mismo objetivo. En consecuencia, el rechazo al establishment constituye una condición relevante del escenario electoral peruano, aunque no necesariamente el criterio último que orienta la decisión de voto. En un contexto marcado por la expansión del crimen organizado, el deterioro de la capacidad estatal y un clima emocional dominado por el miedo y la incertidumbre, la seguridad ciudadana adquiere un peso creciente como principio ordenador de las preferencias electorales.

Este desplazamiento desde un voto predominantemente programático hacia uno orientado por la percepción de amenazas inmediatas se desarrolla en un contexto emocional caracterizado por la desconfianza y el pesimismo. Casi la mitad de la población enfrenta el proceso electoral con sentimientos negativos y solo una minoría expresa optimismo respecto del futuro del país (IEP, 2025a, mayo). Como advierte Dador (2025), este escenario favorece la legitimación de discursos que prometen respuestas rápidas frente a la crisis, incluso cuando ello implica relativizar principios propios de la deliberación democrática.

Metodológicamente, la investigación adopta un enfoque cualitativo de carácter analítico-interpretativo orientado al estudio del escenario político peruano previo a las elecciones generales de 2026. Para ello, se desarrolla un análisis documental sustentado en literatura académica sobre representación política, comportamiento electoral, ideologías, partidos políticos y discursos *anti-establishment*, complementado con informes institucionales y encuestas de opinión pública que permiten caracterizar las percepciones ciudadanas sobre la democracia, la representación política y la inseguridad. A partir de ello, el artículo busca explicar cómo la convergencia entre la crisis de representación, el debilitamiento de los anclajes ideológicos y la centralidad adquirida por la inseguridad ciudadana configura las condiciones para la emergencia de un comportamiento electoral que aquí se conceptualiza como voto de supervivencia.

El artículo está estructurado en cinco secciones. La primera examina la crisis del sistema político peruano a partir del debilitamiento de los partidos, el vaciamiento de la representación política y la pérdida de capacidad estructurante de las ideologías, con el propósito de caracterizar el contexto en el que se desarrolla la competencia electoral rumbo a 2026. La segunda analiza el ascenso del discurso *anti-establishment* como respuesta a ese escenario de desafección y crisis de representación, así como las condiciones que favorecen

su capacidad para canalizar el malestar ciudadano. La tercera estudia el comportamiento del electorado en un contexto de alta volatilidad política y creciente preocupación por la inseguridad ciudadana, con el fin de identificar los factores que reorientan las decisiones de voto más allá de los alineamientos ideológicos tradicionales. Sobre esa base, la cuarta sección desarrolla la propuesta conceptual del voto de supervivencia como una categoría analítica para comprender un tipo específico de comportamiento electoral orientado prioritariamente por la búsqueda de orden y seguridad. Finalmente, la quinta sección proyecta este marco interpretativo sobre el escenario electoral de 2026 y discute sus implicancias para la competencia política y la democracia peruana.

Desde esta perspectiva, las elecciones generales de 2026 no constituyen un episodio aislado, sino la expresión de una transformación más profunda de la política peruana. En este escenario, el voto deja de articularse principalmente en torno a proyectos colectivos de largo plazo y tiende a orientarse por la búsqueda inmediata de orden, seguridad y certidumbre. Es precisamente en este contexto donde la noción de voto de supervivencia adquiere relevancia analítica, al ofrecer una herramienta conceptual para comprender un comportamiento electoral que trasciende tanto los alineamientos ideológicos tradicionales como el respaldo automático a candidaturas *anti-establishment*.

Crisis de representación y debilitamiento de los partidos políticos

La representación política constituye uno de los pilares esenciales de la democracia representativa, al permitir que la ciudadanía delegue el ejercicio del poder en autoridades elegidas para actuar en su nombre y responder políticamente ante quienes las eligieron (Fernández, 2021; Sánchez y Liendo, 2020; Palomino y Paiva, 2024). En este proceso, los partidos políticos desempeñan un papel central al articular demandas sociales, estructurar la competencia electoral y servir de puente entre la sociedad y las instituciones del Estado (Sánchez y Liendo, 2020; Palomino y Paiva, 2024). Sin embargo, la literatura advierte que la representación no puede comprenderse únicamente desde una perspectiva institucional. Sagüés (1990) sostiene que esta también constituye un fenómeno de adhesión entre representantes y representados, vínculo que puede fundarse en la confianza, la coincidencia de intereses o la identificación con determinados principios. Desde esta perspectiva, la representación política depende tanto de la capacidad de las instituciones para canalizar las demandas ciudadanas como de la legitimidad que los actores políticos logran construir frente a la sociedad.

Cuando estos mecanismos de intermediación dejan de funcionar adecuadamente, emerge una crisis de representación caracterizada por el distanciamiento entre ciudadanos e instituciones, la pérdida de legitimidad de los partidos políticos y el debilitamiento de los canales tradicionales de articulación política (Fernández, 2021; Portugal, 2019). En el caso peruano, este proceso adquirió un carácter estructural tras el colapso del sistema de partidos durante la década de 1990, fenómeno que Tanaka (1990) explica como el quiebre de los vínculos institucionales entre la sociedad y la política y la expansión de una ciudadanía cada vez más fragmentada y desvinculada de las organizaciones tradicionales. A ello se suman problemas persistentes como la ausencia de democracia interna, la burocratización de las dirigencias, la incapacidad para formar cuadros políticos y la creciente dificultad para representar nuevas demandas sociales, factores que profundizan el descrédito de las organizaciones partidarias y reducen su capacidad de intermediación (Portugal, 2019). En consecuencia, la competencia política deja de estructurarse alrededor de identidades partidarias estables y genera un escenario propicio para que nuevas formas de representación, sustentadas en liderazgos individuales y discursos de rechazo hacia la clase política tradicional, adquieran una creciente centralidad.

Ideologías debilitadas y volatilidad electoral

Las ideologías constituyen el principal marco de referencia que permite a los ciudadanos interpretar la realidad política y orientar sus preferencias electorales. Más que un conjunto de ideas, funcionan como sistemas de creencias que estructuran la competencia política, otorgan identidad a los partidos y facilitan la construcción de vínculos relativamente estables entre representantes y electores (Aguirre, 2000; Harrison & Boyd, 2018). En las democracias representativas, los partidos actúan como vehículos de estas orientaciones programáticas, permitiendo que la competencia electoral se organice alrededor de proyectos de sociedad diferenciados y ofreciendo a los votantes criterios para evaluar el desempeño de los gobiernos. Sin embargo, diversos autores sostienen que, en las últimas décadas, estas referencias ideológicas han perdido capacidad para estructurar la política, siendo desplazadas por estrategias de marketing electoral, liderazgos personalistas, discursos pragmáticos e identidades negativas que privilegian la imagen, la inmediatez y el rechazo al adversario por encima de propuestas programáticas coherentes (Aguirre, 2000; Harrison & Boyd, 2018; Coronel, 2024).

En el caso peruano, este debilitamiento ha sido particularmente intenso como consecuencia del colapso del sistema de partidos ocurrido a inicios de la década de 1990. Desde entonces, la competencia política se caracteriza por organizaciones poco institucionalizadas, vehículos electorales de corta duración y liderazgos contruidos alrededor de figuras antes que de programas, reduciendo la capacidad de los partidos para representar intereses sociales de manera sostenida (Bonifaz, 2016; Cruz, 2016). Como resultado, la relación entre ciudadanía y representación política se ha vuelto cada vez más inestable, reflejándose en elevados niveles de volatilidad electoral y partidaria. Mientras algunos estudios interpretan este fenómeno como la expresión de un electorado que modifica constantemente sus preferencias (Cruz, 2016), otros sostienen que la principal fuente de la volatilidad reside en la permanente renovación y desaparición de la propia oferta política (Bonifaz, 2016). En ambos casos, la consecuencia es similar: el debilitamiento de los vínculos programáticos entre partidos y ciudadanos favorece un escenario donde las decisiones electorales dependen crecientemente de factores coyunturales antes que de identidades políticas consolidadas. Esta transformación ha contribuido al vaciamiento de la representación política en el Perú. La pérdida de partidos con agendas de largo plazo, el predominio de organizaciones concebidas como vehículos electorales y la sustitución de las divisiones programáticas por identidades contruidas sobre el rechazo han erosionado la capacidad del sistema político para canalizar las demandas sociales de manera estable (Barrenechea & Vergara, 2024; Coronel, 2024). En un contexto donde las lealtades partidarias son débiles y las referencias ideológicas resultan insuficientes para orientar el voto, el comportamiento electoral tiende a responder cada vez más a las percepciones inmediatas sobre los problemas públicos y a la búsqueda de alternativas que prometan resolverlos, configurando las condiciones que permiten comprender el ascenso de nuevas formas de decisión electoral.

El *anti-establishment* como respuesta a la crisis de representación

El concepto de *anti-establishment* ha sido desarrollado desde distintas aproximaciones teóricas, aunque existe un consenso en entenderlo como una postura de rechazo hacia las élites políticas y las instituciones que conforman el orden político vigente. Para Schedler (1998), los actores *anti-establishment* construyen su identidad mediante una confrontación directa con la clase política tradicional, lo que lo representa como un grupo homogéneo, corrupto e incapaz de representar a la ciudadanía, mientras ellos se presentan como los únicos intérpretes legítimos de la voluntad popular. Desde una perspectiva similar, Droste

(2021) sostiene que este fenómeno se expresa en sentimientos de marginación política, desconfianza hacia los representantes y la percepción de que las instituciones responden únicamente a intereses particulares. En la misma línea, Brigeovich y Wagner (2025) consideran que el *anti-establishment* constituye una dimensión específica del populismo centrada en el antielitismo y la soberanía popular, lo que lo diferencia de las expresiones autoritarias que buscan restringir el pluralismo democrático. En cambio, Aguirre (2010) amplía el concepto al ámbito de los movimientos antisistémicos latinoamericanos, entendiéndolo como un rechazo estructural al orden capitalista y a las formas tradicionales de organización política, más allá de la competencia electoral.

La literatura coincide también en que estas posiciones no emergen de manera espontánea, sino como respuesta a contextos de crisis política, económica y social que deterioran la legitimidad de las instituciones representativas. La corrupción, el incremento de la desigualdad, las crisis económicas y la percepción de que las élites políticas gobiernan desconectadas de las demandas ciudadanas fortalecen las actitudes *anti-establishment* (Droste, 2021; Brigeovich y Wagner, 2025). A ello se suman factores de carácter psicológico, pues la percepción de amenazas económicas, sociales o identitarias incrementa la ansiedad y favorece narrativas que responsabilizan al *establishment* de la incertidumbre colectiva (Abadi et al., 2024). En el caso peruano, Arce y Segovia (2025) sostienen que este proceso fue profundizado por los efectos acumulados del caso Lava Jato, la pandemia y la crisis política iniciada en 2021, los cuales debilitaron aún más a los partidos tradicionales y facilitaron el ascenso de actores ajenos al sistema político.

En este contexto, el *anti-establishment* suele manifestarse mediante el respaldo a outsiders, partidos de reciente creación o liderazgos que construyen su legitimidad a partir de la oposición al *establishment* y de la promesa de representar directamente a "la gente común" (Schedler, 1998; Droste, 2021). No obstante, la literatura advierte que sus efectos sobre la democracia no son unívocos. Mientras algunos autores sostienen que estas expresiones pueden funcionar como un correctivo frente a déficits de representación al canalizar demandas ciudadanas insatisfechas (Brigeovich y Wagner, 2025), otros enfatizan que, una vez en el poder, estos actores pueden debilitar los mecanismos de control institucional, personalizar el ejercicio del gobierno o profundizar procesos de erosión democrática (Schedler, 1998; Arce y Segovia, 2025). En consecuencia, el *anti-establishment* constituye un fenómeno complejo que combina el rechazo a las élites tradicionales con nuevas formas de competencia política cuya evolución depende tanto del contexto institucional como de la capacidad de los sistemas políticos para responder a las demandas de representación ciudadana.

El voto de rechazo en la literatura: alcances y limitaciones

La literatura ha explicado el rechazo ciudadano hacia el sistema político a partir de distintas categorías analíticas que, aunque relacionadas, no son equivalentes. El voto *anti-establishment* hace referencia al apoyo electoral otorgado a candidatos o fuerzas políticas que se presentan como ajenos a las élites y al sistema político tradicional, convirtiéndose en el vehículo de acceso al poder de actores outsiders (Arce y Segovia, 2025; Godoy, 2015). En el caso peruano, este tipo de voto se fortaleció tras la pandemia, cuando la profundización de las desigualdades territoriales y el resurgimiento del clivaje entre Lima y las regiones favorecieron el ascenso de candidaturas que capitalizaron el descontento frente al *establishment* (Arce y Segovia, 2025). En contraste, la literatura sobre el voto antisistema o voto de protesta lo entiende como una expresión de rechazo hacia la oferta política vigente, orientada a castigar a las élites o manifestar inconformidad con el funcionamiento del sistema, incluso cuando el elector no comparte las propuestas de la opción apoyada o canaliza ese rechazo mediante el voto en blanco (Palacio, 2022). En esta línea, el voto antisistema constituye una forma de protesta antes que una adhesión programática, pudiendo respon-

der más al deseo de sancionar al sistema que a respaldar una alternativa política específica (Gálvez, 2011).

Por otro lado, las teorías del comportamiento electoral han explicado la decisión de voto mediante modelos como el voto económico, el voto retrospectivo o el voto sociotrópico, los cuales sostienen que los ciudadanos evalúan el desempeño gubernamental (especialmente en materia económica) para premiar o castigar a quienes ejercen el poder (Paramio, 2000). No obstante, el propio Paramio (2000) advierte que las preferencias electorales no dependen exclusivamente de intereses materiales, sino que son mediadas por identidades políticas, percepciones y estrategias partidarias, lo que impide reducir el comportamiento electoral a una lógica estrictamente económica o retrospectiva. Estas aproximaciones resultan útiles para comprender procesos de rendición de cuentas y alternancia política, pero ofrecen menores herramientas para explicar contextos donde una amenaza específica modifica las prioridades del electorado.

En consecuencia, si bien el voto *anti-establishment*, el voto antisistema y el voto retrospectivo permiten comprender distintas expresiones del rechazo político, ninguno explica de manera suficiente aquellos escenarios en los que la decisión electoral se encuentra condicionada por la percepción de una amenaza inmediata que desplaza otros criterios de evaluación. En el contexto peruano, marcado por la crisis de representación, la fragmentación partidaria y el incremento de la inseguridad ciudadana, el elector puede privilegiar la expectativa de recuperar condiciones mínimas de seguridad antes que la adhesión a un candidato *anti-establishment* o el castigo retrospectivo al gobierno. Este vacío teórico justifica la exploración del voto de supervivencia como una categoría analítica orientada a explicar un comportamiento electoral impulsado principalmente por la búsqueda de protección frente a un entorno percibido como crecientemente inseguro.

Metodología

La presente investigación adopta un diseño cualitativo basado en un estudio de caso instrumental sobre las elecciones generales peruanas de 2026. Desde esta perspectiva, el objetivo no consiste en establecer generalizaciones estadísticas, sino en comprender un fenómeno político específico (la configuración del denominado voto de supervivencia) a partir de su contexto histórico, institucional y discursivo. Siguiendo a Quecedo y Castaño (2002), la investigación cualitativa permite interpretar los significados que los actores atribuyen a la realidad social mediante un proceso inductivo y flexible. Asimismo, el estudio de caso resulta pertinente porque posibilita analizar en profundidad un caso singular que contribuye a comprender un problema más amplio relacionado con el comportamiento electoral en escenarios de crisis de representación (Stake, 1999).

La investigación emplea análisis documental y análisis cualitativo de contenido como principales estrategias de recolección y procesamiento de información. El corpus documental está conformado por fuentes primarias y fuentes secundarias. Las fuentes primarias incluyen caricaturas políticas publicadas por La República, reportajes periodísticos, encuestas de opinión, informes institucionales y estadísticas oficiales producidas durante el proceso electoral. Estos materiales permiten reconstruir las representaciones públicas sobre la inseguridad ciudadana, la crisis política y las preferencias electorales en el contexto analizado. Por su parte, las fuentes secundarias comprenden artículos científicos, libros e informes especializados sobre comportamiento electoral, representación política, *anti-establishment* y comunicación política, utilizados para contextualizar e interpretar los hallazgos empíricos. La combinación de distintos tipos de evidencia responde al principio de triangulación propio de la investigación cualitativa, fortaleciendo la credibilidad de las interpretaciones mediante el contraste de múltiples fuentes (Quecedo y Castaño, 2002; Stake, 1999).

El procesamiento del material empírico se realizó mediante análisis cualitativo de contenido. De acuerdo con Cáceres (2003), esta técnica permite examinar de manera sistemática tanto el contenido manifiesto como el contenido latente de los documentos, a través de la construcción progresiva de códigos y categorías analíticas. En el caso de las caricaturas políticas, cada imagen fue considerada como una unidad de análisis visual y examinada no solo por sus elementos explícitos, sino también por los significados simbólicos, ideológicos y narrativos que proyecta sobre la inseguridad, el Estado, los candidatos y las demandas ciudadanas. De este modo, las imágenes fueron interpretadas como recursos discursivos que contribuyen a construir representaciones sociales y marcos de sentido, en lugar de constituir simples ilustraciones (Cáceres, 2003; Medrano, 2026). Complementariamente, el análisis incorporó materiales digitales difundidos en medios de comunicación y plataformas virtuales, considerando que estos constituyen fuentes empíricas relevantes para comprender fenómenos políticos contemporáneos y enriquecen el trabajo cualitativo mediante la integración de diferentes formatos documentales (Rausky y Santos, 2021).

Finalmente, la organización y sistematización del corpus documental siguió un procedimiento secuencial de búsqueda, selección, clasificación, análisis e interpretación de la información, priorizando documentos directamente relacionados con la crisis de representación, el incremento de la inseguridad ciudadana y el proceso electoral peruano de 2026. La evidencia recopilada fue organizada mediante matrices analíticas que facilitaron la comparación entre fuentes, la identificación de patrones recurrentes y la construcción de inferencias sustentadas en el conjunto del material empírico (Aranda et al., 2024). Como toda investigación cualitativa basada en un estudio de caso, los hallazgos buscan ofrecer una explicación contextualizada del fenómeno analizado más que producir conclusiones universalmente generalizables (Stake, 1999).

La crisis del sistema político: representación debilitada y fragmentación partidaria

La pregunta que orienta este apartado es ¿cuál es el contexto estructural que hace posible la aparición del voto de supervivencia? La respuesta parte de reconocer que el comportamiento electoral observado en el Perú no surge únicamente de decisiones individuales, sino de un proceso prolongado de debilitamiento de la representación política. La crisis del sistema de partidos ha reducido la capacidad de las organizaciones políticas para articular demandas sociales, generar identidades estables y ofrecer proyectos programáticos consistentes. En consecuencia, la competencia electoral se desarrolla en un escenario caracterizado por la fragmentación, la volatilidad y la desconfianza ciudadana, condiciones que modifican profundamente la forma en que los electores toman sus decisiones.

Si bien el deterioro de los partidos tiene antecedentes, la década de 1990 marcó un punto de inflexión. Como señalan Tanaka (1990) y Gonzales (1999), el colapso del sistema partidario fue extraordinariamente rápido. Mientras que en las elecciones presidenciales de 1980 y 1985 los partidos tradicionales concentraban alrededor del 97% de la votación, en 1995 apenas alcanzaban el 8%, reflejando un derrumbe sin precedentes de la representación política (Gonzales, 1999). Tanaka (1999) muestra que organizaciones que durante los años ochenta habían reunido más del 90 % del respaldo electoral terminaron bordeando apenas el 10 % hacia finales de la década, mientras su representación congresal cayó del 75,2% de los escaños en 1990 al 14,2% en 1995. Este vacío fue ocupado por liderazgos personalistas y movimientos electorales de corta duración que dependían más de los medios de comunicación y de las encuestas que de organizaciones partidarias estables (Tanaka, 1999).

El ascenso de Alberto Fujimori consolidó esta transformación. Su victoria como outsider se apoyó en un discurso abiertamente antipartidario que cuestionó la legitimidad de las organizaciones políticas tradicionales y privilegió una lógica de eficacia gubernamental por encima de los procedimientos democráticos (Sánchez-Sibony, 2022). Como advierte Tanaka (1990), la ausencia de partidos capaces de equilibrar el poder favoreció la concentración política y redujo significativamente los espacios de deliberación pública. A su vez, Pastor (2017) sostiene que la pérdida de legitimidad de los partidos abrió paso a nuevas organizaciones incapaces de desarrollar vínculos duraderos con la ciudadanía, mientras que González (1999) identifica este proceso como el inicio de una crisis de representación que continúa condicionando la política peruana.

Lejos de revertirse tras el fin del régimen fujimorista, esta dinámica se consolidó durante las décadas siguientes. Como señala Lanegra (2021), el Perú ingresó al siglo XXI sin reconstruir un sistema de partidos institucionalizado. Ninguna de las organizaciones que alcanzó la presidencia logró mantenerse competitiva en la elección siguiente, lo que evidencia la ausencia de partidos capaces de perdurar más allá de un ciclo electoral. En paralelo, los niveles de desafección ciudadana continuaron aumentando. Entre 2001 y 2016, el porcentaje de peruanos que consideraba que las elecciones no ofrecían alternativas reales pasó de 16,9% a 29,6%, mientras que nueve de cada diez ciudadanos afirmaban que los grupos con mayores recursos podían influir en los resultados electorales (Lanegra, 2021). Estos datos muestran que la crisis dejó de ser exclusivamente organizacional para convertirse también en una crisis de legitimidad de la competencia democrática.

La fragmentación alcanzó uno de sus puntos más altos en las elecciones generales de 2021. Ningún candidato superó el 20% de los votos válidos en la primera vuelta y Pedro Castillo pasó al balotaje con apenas 18,9% de los votos, el porcentaje más bajo obtenido por un ganador de primera vuelta en la historia electoral peruana (Lanegra, 2021; Coronel, 2024). Paralelamente, cerca del 41% de los electores hábiles optó por votar en blanco, anular su voto o no acudir a las urnas, reflejando una profunda desconexión entre la ciudadanía y la oferta política (Coronel, 2024). A ello se suma que únicamente entre el 7% y el 9% de los peruanos manifiesta confiar en los partidos políticos (IEP, 2025), mientras que casi la mitad considera que no existen buenas opciones presidenciales para las elecciones de 2026 (DATUM, 2025). Como sostienen Levitsky y Zavaleta (2019), estas organizaciones presentan bajos niveles de institucionalización, escasa capacidad para construir identidades políticas y limitadas posibilidades de canalizar demandas sociales hacia el Estado.

En conjunto, este proceso histórico configura un escenario donde la representación política deja de funcionar como mecanismo de articulación entre ciudadanía e instituciones. La persistencia de partidos débiles, organizaciones efímeras y elevados niveles de desconfianza produce un contexto en el que las identidades partidarias pierden relevancia y las decisiones electorales comienzan a depender cada vez más de percepciones coyunturales sobre los candidatos y los problemas considerados prioritarios. Este constituye el contexto estructural sobre el cual, en los siguientes apartados, se analizará cómo la volatilidad electoral y el discurso *anti-establishment* contribuyen a la emergencia del voto de supervivencia.

Del desencanto político al elector volátil

La crisis del sistema de partidos no solo modificó la oferta política peruana, sino también la forma en que los ciudadanos comenzaron a ejercer su derecho al voto. ¿Cómo transformó este proceso el comportamiento del elector peruano? El progresivo deterioro de la representación política debilitó las lealtades partidarias e ideológicas que tradicionalmente

orientaban la decisión electoral y dio paso a un votante cada vez más volátil, pragmático y condicionado por la coyuntura. En lugar de establecer vínculos duraderos con organizaciones políticas, el elector peruano comenzó a evaluar a los candidatos en función de problemas inmediatos y de su capacidad percibida para ofrecer respuestas rápidas.

Esta transformación puede rastrearse desde la década de 1990. Tanaka (1999) sostiene que el colapso del sistema de partidos produjo un electorado "voluble", altamente desconfiado y sin referentes políticos estables. Las encuestas internacionales de la época situaban al Perú entre los países con menores niveles de confianza interpersonal y con la menor legitimidad hacia las instituciones políticas de América Latina. Como consecuencia, las relaciones entre ciudadanía y representantes dejaron de sustentarse en vínculos de identificación política para convertirse en relaciones eminentemente transaccionales, donde el apoyo ciudadano dependía del desempeño coyuntural de los gobernantes más que de afinidades programáticas o ideológicas.

Esta lógica se reflejó incluso durante el propio gobierno de Alberto Fujimori. Aunque su aprobación superó el 60 % durante gran parte del período 1992-1995 e incluso sobrepasó el 70 % en algunos momentos, la recesión económica provocó un rápido descenso de esos niveles de respaldo a partir de 1996, hasta el punto de que la desaprobación terminó superando a la aprobación presidencial (Tanaka, 1999). Del mismo modo, el electorado respaldó ampliamente a Fujimori en las elecciones presidenciales de 1995, pero pocos meses después eligió como alcalde de Lima al candidato independiente Alberto Andrade frente al postulante oficialista Jaime Yoshiyama. Para Tanaka (1999), estos cambios muestran que el apoyo electoral dejó de responder a fidelidades partidarias y pasó a depender de evaluaciones coyunturales sobre el desempeño de los candidatos.

La desaparición de partidos estables reforzó este comportamiento. Lanegra (2021) advierte que ninguno de los partidos que alcanzó la presidencia durante el siglo XXI logró presentar una candidatura competitiva en la elección siguiente, evidenciando la ausencia de organizaciones capaces de construir vínculos duraderos con el electorado. En este contexto, las organizaciones políticas funcionan como coaliciones temporales alrededor de liderazgos personales más que como partidos institucionalizados, obligando a los ciudadanos a escoger en cada elección entre ofertas prácticamente nuevas y sin continuidad política.

En consecuencia, la volatilidad electoral dejó de ser un fenómeno excepcional para convertirse en una característica estructural del comportamiento político peruano. Ángeles et al. (2022) la definen como el cambio de las preferencias de los ciudadanos entre una elección y otra, mientras que Arce y Vera (2022) sostienen que las elecciones peruanas se desarrollan bajo un elevado nivel de incertidumbre, donde los acontecimientos de campaña pueden modificar rápidamente las preferencias electorales. Este comportamiento también ha sido documentado por Lazo (2015), quien demuestra que el voto peruano es altamente contingente y que las campañas electorales poseen una capacidad significativa para reordenar las preferencias de los ciudadanos incluso durante el propio proceso electoral. Sus hallazgos muestran, por ejemplo, cómo candidatos como Alejandro Toledo perdieron respaldo conforme avanzó la campaña de 2011, mientras Ollanta Humala logró ampliar su base electoral tras moderar su discurso y Pedro Pablo Kuczynski incrementó su apoyo mediante cambios estratégicos orientados a sectores específicos del electorado.

Esta creciente flexibilidad del voto también ha debilitado el peso de las identidades ideológicas en la decisión electoral. Más que elegir proyectos políticos de largo plazo, los ciudadanos tienden a evaluar atributos personales de los candidatos y respuestas concretas a problemas inmediatos. Roca Luque (2016), al analizar las elecciones presidenciales de 2016, encontró que las principales razones para decidir el voto fueron las promesas de un futuro mejor, la esperanza, la tranquilidad y, especialmente, la seguridad. Asimismo, los electores valoraban positivamente la imagen de candidatos capaces de enfrentar a las élites tradicio-

nales y denunciar la corrupción, aun cuando ello no estuviera acompañado por programas ideológicos claramente definidos.

Las mediciones más recientes muestran que este patrón continúa vigente. Según DATUM Internacional (2025), la credibilidad personal del candidato constituye el principal criterio para decidir el voto (31%), seguida de su personalidad (23%), mientras que casi la mitad de la población considera que el país necesita un líder con "mano dura". De manera similar, las encuestas del Instituto de Estudios Peruanos muestran que incluso entre quienes afirman tener decidido su voto persiste un elevado margen de incertidumbre: en marzo de 2026, el 27% reconocía que todavía podía cambiar de opinión y, un mes después, el 87% de quienes ya manifestaban una preferencia electoral afirmaba que esta aún podía modificarse antes de la elección (IEP, 2026).

En suma, el debilitamiento de la representación política no solo produjo un sistema de partidos fragmentado, sino también un electorado que decide su voto desde criterios crecientemente pragmáticos, coyunturales y poco ideológicos. Esta transformación facilita que candidatos ajenos a las élites tradicionales construyan su legitimidad apelando al rechazo del sistema político más que a propuestas programáticas consolidadas. Precisamente sobre esta base se desarrolla el creciente protagonismo del discurso *anti-establishment*, tema que se analiza en el siguiente apartado.

El *anti - establishment* como respuesta a la crisis de representación

Como se ha establecido en los apartados anteriores, la crisis de representación, la baja institucionalización del sistema de partidos y la volatilidad electoral han transformado la manera en que los ciudadanos se relacionan con la política. En este contexto surge una interrogante central: ¿por qué, en escenarios de desconfianza hacia los partidos y las instituciones, los discursos *anti-establishment* adquieren una ventaja competitiva? La debilidad estructural de las organizaciones políticas, la escasa identificación partidaria y la pérdida de referentes ideológicos generan un escenario propicio para que candidatos percibidos como externos al sistema logren posicionarse como alternativas de cambio, apelando al rechazo de las élites políticas más que a la defensa de proyectos programáticos consolidados (Ángeles et al., 2022).

Desde la perspectiva de Schedler (1998), los actores *anti-establishment* no se definen únicamente por encontrarse fuera del sistema político, sino por construir su identidad en oposición al conjunto de la clase política tradicional. Mediante lo que denomina el "triángulo antipolítico", estos actores presentan a la ciudadanía como víctima de una élite homogénea, corrupta e incapaz de resolver los problemas públicos, posicionándose a sí mismos como los únicos representantes legítimos del "verdadero pueblo". Esta estrategia implica una desdiferenciación simbólica entre gobierno y oposición, pues las diferencias entre los partidos establecidos dejan de ser relevantes para ser presentados como parte de un mismo *establishment* responsable de la crisis política. En consecuencia, el atractivo del discurso *anti-establishment* no reside necesariamente en un programa ideológico alternativo, sino en su capacidad para canalizar el descontento acumulado hacia las instituciones y las élites gobernantes.

En este sentido, Arce y Vera (2022) sostienen que, "a pesar de la fluidez de las personalidades políticas (...) se observa aprendizaje y moderación", fenómeno que se explica por una preferencia ciudadana por la continuidad del modelo económico en un contexto de expansión sostenida. La debilidad de la clase política obliga así a los candidatos a equilibrar discursos de cambio con señales de prudencia institucional, de modo que puedan reducir

la percepción de riesgo electoral. Este patrón se observa, por ejemplo, en el caso de Humala, quien, pese a construir una narrativa *anti-establishment* como actor externo al sistema, moderó progresivamente sus posturas para atraer al electorado de centro y ofrecer una sensación de continuidad frente a la incertidumbre persistente.

Desde la perspectiva del electorado, este contexto favorece un comportamiento estratégico. Según Arce y Vera (2022), los votantes peruanos suelen evaluar quién es percibido como el “mal menor” y quién logra ubicarse con mayor eficacia en el centro del espectro político. De este modo, el voto se define menos por afinidades ideológicas o propuestas de largo plazo que por la percepción de riesgo y la búsqueda de estabilidad dentro de un sistema fragmentado y ampliamente cuestionado.

Esta lógica se complementa con expresiones de rechazo más explícitas al sistema político. Como señala Silva (2024), en contextos de polarización y desconfianza, una proporción significativa de ciudadanos opta por anular o invalidar su voto como forma de protesta frente a candidatos asociados con corrupción o con un orden político percibido como ineficaz. Estas prácticas refuerzan el carácter reactivo del comportamiento electoral, en el que el rechazo al *establishment* se convierte en un componente central de la decisión política.

El patrón de elección de candidatos *anti-establishment* se reproduce debido a la falta de renovación del sistema político. La ausencia de partidos sólidos y de programas claramente diferenciados alimenta un ciclo en el que cada intento de “castigar” al sistema termina, paradójicamente, reproduciendo su crisis. Como señalan Arce y Vera (2022), incluso los candidatos *anti-establishment* se ven empujados a moderar sus propuestas para no ser percibidos como amenazas al orden mínimo, lo que limita su capacidad de ofrecer alternativas sustantivas. En este marco, emerge el concepto de legitimidad negativa, en el que los candidatos no triunfan por la adhesión a lo que proponen, sino por la capacidad de negar y confrontar aquello que los votantes rechazan: corrupción, elitismo y fallas institucionales.

Esta lógica ayuda a comprender por qué figuras asociadas al sistema, como Keiko Fujimori, pueden mantener apoyo electoral en determinados sectores, aunque enfrenten altos niveles de rechazo. Su trayectoria política y su vinculación temprana con el poder la diferencian de outsiders como Alberto Fujimori o Pedro Castillo, quienes lograron capitalizar con mayor eficacia la percepción de ruptura y novedad en contextos de fatiga ciudadana frente a la clase política tradicional (Ángeles et al., 2022; Silva, 2024).

La comparación entre los casos de Fujimori y Castillo evidencia que, pese a sus diferencias de origen y discurso, ambos lograron presentarse como figuras antisistema capaces de desafiar el statu quo, capitalizando el descontento social y la debilidad del sistema partidario. Como sostienen Mainwaring y Torcal (2005), los sistemas de partidos poco institucionalizados tienden a mostrar mayores niveles de volatilidad electoral, lo que incrementa la probabilidad de que outsiders alcancen el poder en contextos de crisis de representación.

En suma, el *anti-establishment* se consolida como una estrategia política eficaz porque logra capitalizar el desgaste de las instituciones representativas y canalizar el malestar ciudadano hacia figuras que prometen romper con el orden político existente. Sin embargo, el respaldo a estas candidaturas no puede explicarse únicamente por el rechazo al *establishment*. En un contexto marcado por el incremento de la inseguridad, la incertidumbre y la percepción de crisis permanente, la decisión electoral comienza a responder cada vez más a la búsqueda de protección frente a amenazas inmediatas que a la adhesión a proyectos políticos de largo plazo. Precisamente este desplazamiento permite comprender la emergencia de lo que este artículo propone denominar voto de supervivencia, tema que se desarrolla en el siguiente apartado.

Más allá del voto de rechazo: hacia un voto de supervivencia

El apartado anterior mostró que el discurso *anti-establishment* constituye una respuesta recurrente frente a la crisis de representación y al debilitamiento del sistema de partidos peruano. Sin embargo, ¿es suficiente esta categoría para explicar el comportamiento electoral de los peruanos rumbo a las elecciones de 2026? Se sostiene aquí que no. Aunque el rechazo a las élites políticas continúa siendo un componente importante de la decisión electoral, resulta insuficiente para comprender un escenario en el que preocupaciones como la inseguridad ciudadana han pasado a reorganizar las prioridades del electorado. En este contexto, el voto deja de orientarse únicamente por la oposición al *establishment* y comienza a responder a una lógica más inmediata de protección frente a amenazas percibidas, dando lugar a lo que este trabajo denomina voto de supervivencia (Dador, 2025; IEP, 2025a).

En el Perú previo a las elecciones de 2026, la inseguridad ciudadana dejó de constituir un problema sectorial para convertirse en uno de los principales organizadores de las preferencias políticas. En un contexto donde amplios sectores perciben un deterioro sostenido de la capacidad estatal para garantizar orden y bienestar, las demandas inmediatas desplazan progresivamente a las identificaciones ideológicas de largo plazo (Carrasco, 2026; Ipsos, 2025). En consecuencia, la evaluación de los candidatos comienza a centrarse menos en su ubicación dentro del sistema político y más en su capacidad percibida para ofrecer respuestas eficaces frente a amenazas concretas.

Esto no significa que el voto *anti-establishment* desaparezca, sino que cambia de función. El rechazo a las élites políticas continúa presente, pero deja de ser el objetivo principal del voto para convertirse en un criterio secundario dentro de una evaluación más pragmática. En otras palabras, el elector ya no vota únicamente contra la clase política tradicional, sino por quien considera más capaz de restablecer el orden y reducir la incertidumbre, independientemente de si pertenece o no al *establishment* (Barrenechea & Vergara, 2024; Dador, 2025).

Este desplazamiento en los criterios de decisión permite proponer el concepto de voto de supervivencia. Se entiende por este una decisión electoral predominantemente defensiva, inmediata y orientada a reducir riesgos percibidos antes que a respaldar proyectos políticos de largo plazo. A diferencia del voto *anti-establishment*, cuyo eje central es el rechazo al sistema político, el voto de supervivencia prioriza la búsqueda de protección frente a amenazas concretas, especialmente la inseguridad, sin que ello implique necesariamente una adhesión ideológica o programática. En este sentido, en la medida en que los partidos dejaron de ser percibidos como portadores de proyectos colectivos, el vínculo entre la ciudadanía y la política se reconfiguró sobre bases defensivas, marcadas por la desconfianza, la fragmentación y la precariedad institucional (Pastor, 2017).

El voto de supervivencia se puede expresar en contextos de crisis múltiples (política, económica, sanitaria y de seguridad) el voto deja de funcionar como una herramienta de proyección colectiva para convertirse en un mecanismo de autoprotección frente a un entorno percibido como incierto y hostil (Rosales y Guillén, 2022). En este sentido, el voto de supervivencia se diferencia del voto *anti-establishment* porque su principal motivación no es el rechazo a las élites políticas, sino la búsqueda de un candidato percibido como capaz de ofrecer respuestas eficaces frente a problemas inmediatos, particularmente la inseguridad (Dador, 2025; IEP, 2025a). No obstante, ambos fenómenos se encuentran estrechamente relacionados: el rechazo al *establishment* continúa siendo un componente relevante de la decisión electoral, pero queda subordinado a una racionalidad defensiva que prioriza la capacidad de acción y la reducción del riesgo por encima de la adhesión ideológica o programática.

Este tipo de voto combina un carácter utilitario con una fuerte carga emocional. Si bien la teoría de la elección racional concibe el sufragio como un cálculo de utilidad, diversos enfoques han demostrado que, cuando los ciudadanos perciben que su voto tiene escaso impacto instrumental o que el sistema está capturado por intereses ajenos, la decisión electoral se desplaza hacia dimensiones expresivas, simbólicas y afectivas (García et al., s. f.). En el caso peruano, esta lógica se ve reforzada por una desconfianza en el proceso electoral: para octubre de 2025, el 77% de la población declaraba no confiar en la transparencia de los organismos electorales de cara a los comicios de 2026 (DATUM Internacional, 2025b, noviembre). En este escenario, el voto ya no se concibe como un mecanismo eficaz de transformación, sino como una reacción frente a la incertidumbre.

Como consecuencia, la política se ha convertido en un espacio de corto plazo y alta intensidad emocional. Las campañas privilegian mensajes simples, promesas inmediatas y narrativas de orden frente al caos, antes que debates programáticos complejos. La evidencia empírica muestra que factores como la personalidad del candidato, su credibilidad percibida o su capacidad de transmitir autoridad pesan más que las propuestas o la trayectoria partidaria (DATUM Internacional, 2025c, diciembre). Este desplazamiento refuerza una lógica de mercado político basada en estímulos emocionales, donde la competencia electoral se define más por el impacto visceral que por la consistencia ideológica.

La centralidad de la inseguridad ciudadana refuerza esta dinámica. La crisis no solamente afectó la posibilidad de identificarse con organizaciones políticas, sino que también aleja a los votantes de la formación de una ideología personal tradicional. En cambio, sus valores son más pragmáticos y tienden a identificarse con respuestas a sus problemáticas más inmediatas. Por ejemplo, Roca Luque (2016) analiza los factores más influyentes en la decisión del voto en las Elecciones Presidenciales 2016 en el distrito de Ocosingo. En estas encuestas, las promesas de un mejor futuro, de esperanza, tranquilidad y, sobre todo, de seguridad fueron los factores de mayor influencia en la decisión de voto. Asimismo, según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2025), la delincuencia, la corrupción y la pobreza constituyen las principales preocupaciones de la ciudadanía, estrechamente vinculadas al debilitamiento de la gobernabilidad democrática. Los datos son elocuentes: el 86% de los peruanos percibe las calles de su ciudad como inseguras, el 42% ha sido víctima directa de la delincuencia y más de un tercio conoce personas cercanas afectadas por extorsión (DATUM Internacional, 2025a, abril). Este clima de amenaza permanente alimenta una demanda social por soluciones inmediatas, incluso a costa de sacrificar principios democráticos o garantías legales.

En este contexto, se amplía la aceptación de discursos punitivos y soluciones autoritarias que prometen resultados rápidos frente al delito. De acuerdo con Ipsos (2025), el 62% de los peruanos prefiere un Estado “muy duro” contra la delincuencia, aun cuando exista el riesgo de que personas inocentes se vean afectadas. Esta disposición revela una tensión central del momento político peruano: el orden y la seguridad son percibidos como necesidades urgentes, incluso a costa de relativizar garantías democráticas. Esta lógica ayuda a explicar la creciente atracción por referentes autoritarios y por discursos anti-establishment que se presentan como alternativas radicales frente a un sistema político considerado ineficaz.

No resulta casual, en este marco, la circulación de propuestas como un “Plan Bukele peruano”, promovidas como atajos frente a la inseguridad. Sin embargo, diversos análisis advierten que estas iniciativas operan más como estrategias de marketing político que como políticas públicas viables. Desde el análisis jurídico y los estudios en derechos humanos, la replicabilidad del modelo salvadoreño ha sido cuestionada por sus graves implicancias en términos de presunción de inocencia, debido proceso y límites constitucionales (Enfoque Derecho, 2023; Galván, 2025). A pesar de ello, la presión electoral por resultados inmediatos incentiva a los candidatos a capitalizar el malestar ciudadano mediante medidas de respuesta inmediata, aun cuando estas simplifiquen problemas estructurales complejos.

La fragmentación extrema del sistema partidario y la volatilidad electoral refuerzan esta lógica de supervivencia. En 2025, el 29% de la población declaraba no identificarse con ninguna posición política, y el 73% aún no había decidido por quién votar a pocos meses del inicio formal de la campaña (DATUM Internacional, 2025b, noviembre). Esta indefinición no expresa apatía, sino un electorado desanclado ideológicamente y obligado a decidir bajo presión, en ausencia de proyectos de país claramente definidos.

Asimismo, el debilitamiento de la representación se manifiesta en la normalización del voto en blanco, viciado o del rechazo explícito a la oferta electoral. Como muestra Silva (2023), estas formas de participación constituyen decisiones conscientes de protesta frente a opciones percibidas como corruptas, poco representativas o moralmente inaceptables. En estos casos, el voto funciona como un mecanismo de autopreservación ética frente a un sistema que no ofrece alternativas creíbles.

Este comportamiento se ve profundizado por la erosión de la confianza interpersonal y la consolidación de identidades políticas negativas. En el Perú contemporáneo, el comportamiento electoral está menos orientado por la adhesión a proyectos políticos de largo plazo que por la hostilidad hacia el “otro”, entendido como una amenaza antes que como un adversario político legítimo. Más del 76% de la población percibe al país como bastante o totalmente dividido, mientras que una proporción significativa declara distancia o indiferencia frente a quienes piensan distinto (DATUM Internacional, 2025b, noviembre). Esta fragmentación emocional refuerza una lógica de elección defensiva, en la que se vota no para promover un proyecto común, sino para impedir que el adversario acceda al poder.

El ecosistema informativo digital amplifica estas tendencias. Los altos niveles de desinformación y la baja confianza en las fuentes políticas debilitan la deliberación racional y fortalecen emociones como el miedo, la ira o el resentimiento. Más de la mitad de los peruanos considera que la información política que circula en redes sociales es poco o nada confiable (DATUM Internacional, 2025c, diciembre), lo que deja al elector expuesto a mensajes fragmentarios y contradictorios, sin referentes partidarios sólidos que orienten su decisión.

De cara a las elecciones 2026, todo indica que estas dinámicas no solo persistirán, sino que podrían profundizarse. La combinación de inseguridad crónica, desconfianza institucional, fragmentación partidaria y crisis de representación crea un terreno fértil para candidaturas personalistas, discursos apolíticos y promesas de alto impacto mediático (Galván, 2025; Enfoque Derecho, 2023). En este escenario, las elecciones sin ideologías no deben entenderse como una anomalía pasajera, sino como el síntoma de una democracia que ha perdido su capacidad de proyectar futuro.

Esta redefinición de la conducta electoral refuerza tendencias ya identificadas en el sistema político peruano, como la personalización del poder y la centralidad de los liderazgos individuales. En la medida en que el voto de supervivencia prioriza la eficacia percibida por encima de la mediación institucional, se amplía la tolerancia hacia soluciones de corte punitivo y se debilitan los mecanismos de rendición de cuentas, lo cual plantea tensiones significativas para la calidad de la democracia (Barrenechea & Vergara, 2024; Rodríguez, 2016). En suma, el voto de supervivencia emerge allí donde la política deja de ofrecer horizontes colectivos y se limita a administrar crisis. El acto electoral deja de expresar una elección entre proyectos de sociedad y se define como una apuesta incierta por evitar el deterioro inmediato. Mientras no se reconstruyan los vínculos de representación, se fortalezcan las instituciones y se restituya la confianza ciudadana, las elecciones en el Perú seguirán siendo, ante todo, un ejercicio de contención del miedo más que de construcción de esperanza.

Perú rumbo a 2026: escenarios y dilemas democráticos

Rumbo a las elecciones generales de 2026, el proceso electoral peruano se desarrolla en un contexto marcado por la fragmentación de la oferta política y por un electorado altamente volátil. Este apartado no introduce un nuevo diagnóstico, sino que proyecta el análisis previo hacia el corto plazo, con el objetivo de identificar los principales escenarios y dilemas que estructuran la competencia electoral inmediata.

En este marco, la elevada cantidad de organizaciones políticas inscritas para el proceso electoral no se traduce en una ampliación efectiva del pluralismo, sino en una fragmentación que dificulta la consolidación de ofertas políticas coherentes y sostenidas en el tiempo (Oré, 2025). Esta situación ha llevado a que los organismos electorales asuman un rol más activo en la regulación del proceso, como evidencia el Pacto ético Electoral promovido por el Jurado Nacional de Elecciones, suscrito por 29 organizaciones políticas en diciembre de 2025. Esto con el objetivo de establecer reglas mínimas de conducta durante la campaña, combatir la desinformación y regular el uso de la inteligencia artificial en la contienda electoral (Yaya, 2025). Sin embargo, el carácter voluntario y no sancionador del acuerdo, así como la negativa de algunos actores relevantes a suscribirlo, ponen de relieve los límites de estos mecanismos en un contexto de baja confianza y alta polarización.

Más que una disputa entre visiones de país, las elecciones de 2026 tienden a configurarse como un escenario donde predominan decisiones electorales orientadas por la urgencia antes que por la identificación programática. En este contexto, la inseguridad ciudadana y la corrupción continúan encabezando las preocupaciones del electorado, reforzando un clima de ansiedad social que desplaza el debate ideológico y favorece lo que este trabajo denomina voto de supervivencia: una decisión centrada en la búsqueda de protección inmediata frente a amenazas percibidas (Ipsos, 2025).

En este contexto, cobran especial relevancia expresiones *anti-establishment* surgidas desde el espacio digital, como el hashtag #PorEstosNo, que condensan el malestar ciudadano frente a los partidos tradicionales. Estas iniciativas no promueven alternativas políticas concretas ni liderazgos emergentes, sino que operan como mecanismos de veto simbólico contra una élite política percibida como corrupta e irresponsable. Tal como señala Paucar (2025), estas expresiones buscan mantener activa la memoria del comportamiento parlamentario reciente y fomentar un voto de castigo más que una renovación programática. El resultado es una movilización política basada en la exclusión de “los de siempre”, antes que en la construcción de nuevas identidades políticas.

No obstante, este rechazo convive con una contradicción central. Aunque la corrupción figura de manera persistente entre las principales preocupaciones ciudadanas, la intención de voto continúa favoreciendo a figuras asociadas al sistema político tradicional. Según Ipsos (2025), Keiko Fujimori y Fuerza Popular concentran el mayor porcentaje de intención de voto entre las opciones partidarias, pese a tratarse de una organización reiteradamente vinculada a investigaciones por presunto financiamiento ilícito y criminalidad organizada. Informes del IDEHPUCP (2019, 2020) documentan cómo la fiscalía ha sostenido que Fuerza Popular habría instrumentalizado su estructura partidaria para lavar activos mediante mecanismos como el “pitufeo”, la simulación de aportantes y la obstrucción a la justicia.

Esta paradoja sugiere que el voto *anti-establishment* no opera necesariamente como un castigo coherente al orden existente. Por el contrario, puede canalizarse hacia liderazgos conocidos que logran capitalizar el miedo, el cansancio y la demanda de orden, incluso cuando representan aquello que el electorado declara rechazar.

Imagen 1

Por estos no: Carlinatura expone a los títeres de líderes políticos que postularon a la Mesa Directiva del Congreso



Nota. Ilustración tomada de *La República* (Chávez, 2025) <https://larepublica.pe/politica/2025/07/27/por-estos-no-carlinatura-expone-a-los-titeres-de-lideres-politicos-que-postularon-a-la-mesa-directiva-del-congreso-hnews-1932066>

En ese sentido, las caricaturas de Carlin sintetizan una de las principales paradojas del proceso electoral peruano. Mientras la campaña ciudadana #PorEstosNo expresa un rechazo explícito hacia los partidos tradicionales y sus prácticas políticas, la persistencia de candidaturas provenientes de esas mismas organizaciones revela que el malestar ciudadano no siempre se traduce en una renovación efectiva de la oferta política. Desde la perspectiva del voto de supervivencia, esta aparente contradicción resulta comprensible: cuando la prioridad del elector es reducir riesgos inmediatos antes que transformar estructuralmente el sistema político, incluso actores asociados al establishment pueden ser percibidos como alternativas viables si proyectan capacidad para restablecer el orden o enfrentar la inseguridad.

Ante este panorama, la oferta electoral rumbo a 2026 tiende a organizarse en torno a tres estrategias recurrentes. Estas estrategias electorales pueden entenderse como distintas formas de responder a un mismo tipo de demanda ciudadana: un electorado que busca reducir la incertidumbre y encontrar respuestas inmediatas frente a un entorno percibido como amenazante. En otras palabras, las estrategias que predominan rumbo a 2026 pueden interpretarse como distintas maneras de disputar el voto de supervivencia.

La primera estrategia es la del *outsider* autoritario, que prioriza un discurso de mano dura, control del delito y restauración del orden frente a un Estado percibido como incapaz. Esta narrativa encuentra terreno fértil en un contexto marcado por el aumento sostenido de la criminalidad y la elevada percepción de inseguridad. Según datos del Sistema Informático Nacional de Defunciones (Sinadef), el Perú registró más de 500 homicidios solo en el primer trimestre de 2025, lo que representó un incremento significativo respecto al año

anterior (Quilca, 2025). No resulta extraño, por tanto, que la seguridad ciudadana se haya consolidado como el eje central de la campaña.

Sin embargo, como advierten diversos especialistas, muchas de las propuestas asociadas a esta retórica (como la pena de muerte, la militarización de las calles o la promesa de un “Bukele peruano”) poseen un alto contenido simbólico y una viabilidad real limitada. Tal como señalan Levitsky y Ziblatt (2018), el riesgo no radica únicamente en la adopción de políticas de seguridad más duras, sino en que estas se utilicen para justificar la concentración de poder, la erosión de los contrapesos institucionales y la normalización de prácticas autoritarias bajo la promesa de orden.

Imagen 2

Por estos no: Carlinatura satiriza el papel de ciertos partidos desde el Parlamento en las Elecciones 2026



Nota. Ilustración tomada de *La República* (Chávez, 2025) <https://larepublica.pe/politica/2025/11/09/por-estos-no-carlinatura-satiriza-el-papel-de-ciertos-partidos-desde-el-parlamento-en-las-elecciones-2026-765387>

La segunda estrategia corresponde al populismo moralista, centrado en la lucha simbólica contra la corrupción y en la construcción de una frontera ética entre un “pueblo honesto” y una élite política corrupta. En este esquema, la política se reduce a una confrontación moral en la que la denuncia sustituye a los programas de gobierno. Carreira da Silva y Brito Vieira (2019) permiten comprender esta lógica como una forma de acción política basada en el resentimiento, que puede emerger de una indignación legítima frente a los abusos del poder, pero que también tiende a erosionar la cooperación social y a convertir la política en un ejercicio permanente de culpabilización.

Esta contradicción se hace evidente en la conformación de las listas al Congreso para las elecciones de 2026, donde diversos partidos han incluido como candidatos a personas investigadas por corrupción, condenadas por delitos contra la administración pública o con vínculos familiares directos con expresidentes procesados judicialmente (Espinoza, 2025).

Lejos de fortalecer la confianza ciudadana, estas decisiones refuerzan la percepción de que el discurso anticorrupción opera más como un recurso retórico que como un compromiso real con la renovación ética de la política.

Finalmente, la tercera estrategia, y la menos probable en el corto plazo, es la de la reconstrucción institucional, basada en la elaboración de planes de gobierno coherentes, sostenibles y orientados al largo plazo, así como en el fortalecimiento del sistema de partidos y del Estado de derecho. Esta trayectoria supone reintroducir la ideología no como dogma rígido, sino como marco orientador capaz de ordenar prioridades, generar identidad política y dotar de previsibilidad a la acción gubernamental. No obstante, la evidencia muestra que, en contextos de fragmentación política, pobreza y alta conflictividad social, disminuye significativamente la disposición ciudadana a respaldar este tipo de propuestas (Ocampo y Sparrow, 2013).

El dilema central de cara a 2026 no reside únicamente en cuál de estas estrategias resulte electoralmente exitosa, sino en la lógica que estructura la decisión de voto. Cuando la competencia política se organiza principalmente en torno al rechazo, la exclusión simbólica de “los de siempre” o la promesa de orden inmediato, la política pierde densidad ideológica y se vuelve especialmente permeable a liderazgos autoritarios, moralizantes o personalistas. Así, el problema de fondo no radica únicamente en quién ganará las elecciones de 2026, sino en los criterios que orientan la decisión electoral. Si el voto de supervivencia continúa consolidándose como la principal lógica de elección, la competencia democrática tenderá a privilegiar candidatos capaces de ofrecer respuestas inmediatas frente al miedo y la incertidumbre antes que proyectos políticos sostenibles o institucionalmente sólidos. En ese escenario, el desafío para la democracia peruana no consiste únicamente en mejorar la oferta electoral, sino en reconstruir las condiciones de representación y confianza que permitan que el voto vuelva a expresar una elección entre proyectos colectivos y no solo una estrategia para enfrentar amenazas inmediatas.

Conclusión: del voto de rechazo al voto de supervivencia

Este trabajo partió de una pregunta central: ¿cómo se configura el comportamiento electoral peruano rumbo a 2026 en un contexto marcado por partidos debilitados, baja identificación ideológica y una profunda crisis de representación? La evidencia analizada permite sostener que el voto en el Perú contemporáneo se encuentra cada vez menos organizado alrededor de adhesiones partidarias o proyectos políticos de largo plazo, y más alrededor de la gestión de riesgos inmediatos. En este escenario, el elector no solo busca castigar aquello que rechaza, sino encontrar una alternativa percibida como capaz de reducir la incertidumbre y recuperar cierto sentido de orden.

En este sentido, el concepto de voto de supervivencia permite comprender una transformación que supera la explicación tradicional del voto *anti-establishment*. Aunque el rechazo hacia las élites políticas y los partidos tradicionales continúa siendo un componente relevante de la decisión electoral, este ya no constituye necesariamente el criterio principal de elección. Aspectos como la inseguridad ciudadana ha modificado las prioridades ciudadanas, favoreciendo una lógica defensiva en la que los candidatos son evaluados principalmente por su capacidad percibida para ofrecer respuestas inmediatas frente a amenazas concretas.

Esta dinámica explica una de las principales paradojas del escenario peruano: un electorado profundamente crítico con la clase política puede continuar apoyando figuras asociadas al sistema si estas logran proyectar eficacia, autoridad o capacidad de respuesta. Por ello, el

voto *anti-establishment* no siempre produce renovación política, sino que puede reproducir el mismo ciclo de fragmentación, personalismo y desconfianza que originó el rechazo inicial. El problema no es únicamente que los ciudadanos rechacen a los partidos existentes, sino que la ausencia de alternativas institucionalizadas convierte ese rechazo en una búsqueda permanente de soluciones inmediatas.

Rumbo a las elecciones de 2026, el principal dilema democrático no reside solamente en qué candidatura logrará imponerse, sino en los criterios bajo los cuales los ciudadanos decidirán su voto. Cuando la competencia electoral se estructura principalmente alrededor del miedo, la urgencia y la necesidad de protección frente a un entorno percibido como amenazante, la política pierde capacidad para ofrecer proyectos colectivos y queda reducida a una administración electoral de las crisis.

En suma, el voto de supervivencia no representa la desaparición de las ideologías ni del conflicto político, sino la transformación de las prioridades que organizan la decisión electoral. Mientras persistan partidos débiles, baja confianza institucional y demandas sociales concentradas en la seguridad y el orden, la democracia peruana seguirá enfrentando el desafío de recuperar su capacidad de representar no solo aquello que los ciudadanos temen evitar, sino también aquello que aspiran construir.

REFERENCIAS

- Abadi, D., Willem van Prooijen, J., Krouwel, A., & Fischer, A. H. (2024). Anti-establishment sentiments: realistic and symbolic threat appraisals predict populist attitudes and conspiracy mentality. *Cognition and Emotion*, 38(8), 1246-1260. <https://doi.org/10.1080/02699931.2024.2360584>
- Aguirre, C. (2010) Los movimientos antisistémicos de América Latina y su lucha por la tierra en el siglo XXI. *Revista encrucijada americana*, 2, 100-125. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7130155.pdf>
- Aguirre, L. (2000) La importancia de las ideologías de los partidos políticos en la propaganda electoral. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 44(180). <https://www.revistas.unam.mx/index.php/rmcpys/article/view/48577>
- Aranda, M., Martínez Cuevas, M. C., & Camacho Vera, A. D. (2024). Análisis documental, un proceso de apropiación del conocimiento. *Revista Digital Universitaria*, 25(6). <https://doi.org/10.22201/ceide.16076079e.2024.25.6.1>
- Ángeles D., Cabrera M., & Risco N. (2022). *La institucionalización del sistema de partidos en el Perú durante los años 2016-2021*. Universidad Nacional Pedro Ruiz Gallo. <https://iapss.org/core/storage/2022/09/ELA-7.1-La-institucionalizacion-del-sistema-de-partidos-en-el-Peru-durante-los-anos-2016-2021-7-22.pdf>
- Ángeles, C., Meléndez, C., & Muñoz, P. (2022). *Volatilidad electoral y debilidad partidaria en el Perú contemporáneo*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Arce, M., & Segovia Marín, A. (2024). Perú 2024: El agrandamiento del Legislativo y el negocio de protección. *Revista de Ciencia Política*, 45(2), 313-345. <https://doi.org/10.4067/S0718-090X2025000200313>
- Arce, M., & Vera, S. (2022). Choosing the Lesser Evil: Forecasting Presidential Elections in Peru. *Revista Latinoamericana De Opinión Pública*, 17(1), 55-80. <https://doi.org/10.14201/rlop.25805>
- Barrenechea, R. & Vergara, A. (2024). *Democracia asaltada. El colapso de la política peruana (y una advertencia para América Latina)*.
- Bonifaz M. (2016). Volatilidad partidaria en el Perú: Repensando la institucionalidad democrática. *Politai: Revista de Ciencia Política*, 13, 35-51. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6058455>

- Brigevich, A., & Wagner, A. (2025). Anti-establishment versus authoritarian populists and support for the strong(wo)man. *Frontiers in Political Science*, 7, Article 1605460. <https://doi.org/10.3389/fpos.2025.1605460>
- Cáceres, P. (2003). Análisis cualitativo de contenido: una alternativa metodológica alcanzable. *Psicoperspectivas. Revista de la escuela de psicología*, 2(1), 53-82. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=171018074008>
- Carrasco Freitas, M. (2026, marzo 24). Extorsión lidera preocupaciones en Perú: 76% de ciudadanos la considera el principal problema de seguridad. Infobae. https://www.infobae.com/peru/2026/03/24/extorsion-lidera-preocupaciones-en-peru-76-de-ciudadanos-la-considera-el-principal-problema-de-seguridad/?utm_source=chatgpt.com
- Carreira da Silva, F., & Brito, M. (2019). El populismo como lógica de acción política. *Memoira. Theorein. Revista de Ciencias Sociales*, 5, 23-53. <https://repositorio.ulisboa.pt/bitstreams/0eb2175b-12fa-44ba-bf2c-3e3077eed1cd/download>
- Chávez, J. (2025, 27 de julio). *Por estos no: Carlinatura expone a los títeres de líderes políticos que postularon a la Mesa Directiva del Congreso* [Ilustración]. *La República*. <https://larepublica.pe/politica/2025/07/27/por-estos-no-carlinatura-expone-a-los-titeres-de-lideres-politicos-que-postularon-a-la-mesa-directiva-del-congreso-hnews-1932066>
- Chávez, J. (2025, 9 de noviembre). *Por estos no: Carlinatura satiriza el papel de ciertos partidos desde el Parlamento en las Elecciones 2026* [Ilustración]. *La República*. <https://larepublica.pe/politica/2025/11/09/por-estos-no-carlinatura-satiriza-el-papel-de-ciertos-partidos-desde-el-parlamento-en-las-elecciones-2026-765387>
- Coronel, O. (2024) *La fragmentación de los odios. Democracia asaltada. El colapso de la política peruana*. Fondo editorial Universidad El Pacífico.
- Cruz, F. (2016). Volatilidad y competitividad en América Latina. Un estudio exploratorio de seis sistemas de partidos. *Colección*, 26, 163-211. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7909916.pdf>
- Dador, J. (2025). Elecciones 2026: ¿De qué lado de la cancha vas a jugar?. En *Perú hoy. Entre repartijas y prebendas* (págs. 21-31). Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo. https://www.desco.org.pe/recursos/site/files/CONTENIDO/1656/01_Jennie_Dador_PHj25.pdf
- DATUM Internacional. (2025, abril). *Estudio de opinión pública. Seguridad*. https://datum.com.pe/new_web_files/files/pdf/Encuesta%20

DATUM%20-%20Abril%202025%20-%20SEGURI-
DAD_250430093307.pdf

DATUM Internacional. (2025, noviembre). *Estudio de opinión pública. Electoral*. https://www.datum.com.pe/new_web_files/files/pdf/Encuesta%20DATUM%20-%20Noviembre%202025%20-%20Informe%20ELECTORAL_251126102714.pdf

DATUM Internacional. (2025, diciembre). *Estudio de opinión pública. Electoral*. https://www.datum.com.pe/new_web_files/files/pdf/510a-0125%20-%20Encuesta%20DATUM%20-%20Diciembre%202025%20-%20Informe%20ELECTORAL%20Final%20v1_251216113108.pdf

Droste, L. (2021). Feeling left behind by political decisionmakers: Anti-establishment sentiment in contemporary democracies. *Politics and Governance*, 9(3), 288–300. <https://doi.org/10.17645/pag.v9i3.3949>

Enfoque Derecho (2023, 15 de marzo). Bukele a la peruana: La (im)posibilidad del plan salvadoreño en nuestro país. *Enfoque Derecho*. <https://enfoquederecho.com/bukele-a-la-peruana-la-imposibilidad-del-plan-salvadoreno-en-nuestro-pais/>

Espinoza, A. (2025, 27 de diciembre). Elecciones 2026: listas al Congreso incluyen investigados por corrupción, condenados y familiares de expresidentes. *Infobae*. <https://www.infobae.com/peru/2025/12/27/elecciones-2026-listas-al-congreso-incluyen-investigados-por-corrupcion-condenados-y-familiares-de-expresidentes/>

Fernández, D. (2021). Teoría y práctica de la representación política. *Memoria. Theorein. Nuevos horizontes del derecho constitucional*, 1, 5-25. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8230151>

Galvan, M. (2025, 21 de octubre). El cuento de un “Bukele peruano”. *IDEHPUCP*. <https://idehpucp.pucp.edu.pe/boletin-eventos/el-cuento-de-un-bukele-peruano/>

Gálvez, M. (2011). La crisis de los partidos peruanos: Apuntes para una lectura socio-histórica. Las encuestas electorales y el debate sobre su influencia en las elecciones. *Revista mexicana de opinión pública*, 11, 25-43. <https://www.redalyc.org/pdf/4874/487456191002.pdf>

García, M., González, L., Aguilar, M., & Hierro, L. (s.f.). ¿Es racional votar? El estado de la cuestión desde la perspectiva de la elección pública. *Dialnet*. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3143279.pdf>

Godoy, J. A. (2015, noviembre). Es preocupante que, quien lidera las encuestas por bastante margen, no ha resuelto con claridad qué pasaría con su padre: Entrevista a Steve Levitsky. *Memoria. Revista sobre Cultura, Democracia y Derechos Hu-*

manos, (18), 14-19. Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la PUCP (IDEHPUCP). <https://idehpucp.pucp.edu.pe/revista-memoria/wp-content/uploads/2025/05/revmem018.pdf>

Gonzales, O. (1999). La crisis de los partidos peruanos: Apuntes para una lectura socio-histórica. *Espacio Abierto*, 8(3), 305-324. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12208302>

Harrison, K., & Boyd, T. (2018). The role of ideology in politics and society. En *Understanding political ideas and movements*. (págs. 136-153). Manchesterhive. <https://www.manchesterhive.com/display/9781526137951/9781526137951.00011.xml?chapterBody=%3Cabstrac%3E>

Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la Pontificia Universidad Católica del Perú (IDEHPUCP). (2019). *Reporte del caso Fuerza Popular*. <https://cdn01.pucp.education/idehpucp/wp-content/uploads/2018/08/11192603/reporte-lavado-fuerza-popular-enero-2019.pdf>

Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la Pontificia Universidad Católica del Perú (IDEHPUCP). (2020). *Observatorio Anticorrupción. Casos emblemáticos - Fuerza Popular*. <https://cdn01.pucp.education/idehpucp/wp-content/uploads/2018/08/22161927/reporte-fuerza-popular-enero-2020.pdf>

Instituto de Estudios Peruanos (2025, abril). *Informe de opinión*. <https://estudiosdeopinion.iep.org.pe/wp-content/uploads/2026/05/IEP-Estudios-de-Opinion.-Informe-confidencial-intencion-de-voto-abril-I-2026.pdf>

Instituto de Estudios Peruanos (2025, marzo). *Informe de opinión*. <https://estudiosdeopinion.iep.org.pe/wp-content/uploads/2026/03/IEP-Informe-de-opinion-marzo-2026-informe-completo.pdf>

Instituto de Estudios Peruanos (2025, mayo). *Informe de opinión*. <https://estudiosdeopinion.iep.org.pe/wp-content/uploads/2025/05/IEP-Informe-de-opinion-mayo-2025-informe-completo-1.pdf>

Instituto de Estudios Peruanos (2025, julio). *Informe de opinión*. <https://estudiosdeopinion.iep.org.pe/wp-content/uploads/2025/07/IEP-Informe-de-opinion-julio-2025-informe-completo-3.pdf>

IPSOS - Perú21 (2025). *Elecciones 2026. Opinión pública nacional urbana rural 4 de julio 2025*. <https://www.ipsos.com/sites/default/files/ct/news/documents/2025-07/Informe%20Inten-ci%C3%B3n%20de%20Voto%20Nacional%20Urbano%20Rural%20-%20Julio%202025.pdf>

Lanegra, I. (2021). *La travesía democrática. Biblioteca Bicentenario*.

- Lazo, S. (2015). Comportamiento electoral en el Perú: Un análisis del rol de las variables sociodemográficas y socioeconómicas en las elecciones presidenciales en primera vuelta de 2006 y 2011. *Revista de Ciencia Política y Gobierno*, 2(3), 51-80. <https://repositorio.pucp.edu.pe/server/api/core/bitstreams/7b5a57e8-88b8-49c0-9c76-80e3f714a280/content>
- Levitsky, S., & Ziblatt, M. (2018). *Cómo mueren las democracias*. Editor digital: Titivillus. https://www.onpi.org.ar/documentos/publicaciones/publicaciones-del-notariado-internacional/como_mueren_las_democracias.pdf
- Levitsky, S., & Ziblatt, D. (2023). *Violencia y autoritarismo en el Perú: bajo la sombra de Sendero Luminoso y la dictadura de Fujimori*. Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- Mainwaring, S., & Torcal, M. (2005). La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría del sistema partidista después de la tercera ola democratizadora. *América Latina Hoy*, (41), 141-173. <https://doi.org/10.14201/alh.2442>
- Medrano, I. C. (2026). La importancia de métodos visuales en la investigación cualitativa. *Sintaxis*, 15, 175-194. <https://doi.org/10.36105/stx.2025n15.11>
- Oré, C. (2025, 16 de diciembre). Elecciones 2026: presidente del JNE anunció que los partidos políticos firmarán el pacto ético. *Infobae*. <https://www.infobae.com/peru/2025/10/29/elecciones-2026-presidente-del-jne-anuncio-que-los-partidos-politicos-firmaran-el-pacto-etico/>
- Palacio, A. (2021). Una reconstrucción conceptual y política del voto en blanco en Colombia. Crónica de un debate. *Estudios políticos*, 63, 186-208. <https://doi.org/10.17533/udea.espo.n63a08>
- Palomino, J. & Paiva, D. (2021). La representación política. A propósito de la jurisprudencia del Tribunal Constitucional Peruano. *Revista peruana de Derecho Constitucional*, 7, 79-94. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=10034621>
- Paramio, L., (2000). Clase y voto: intereses, identidades y preferencias. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (90), 79-93. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99717877003>
- Pastor Neyra, M. (2017). Crisis de representación de los partidos políticos en el Perú. *Lex - Revista de la facultad de Derecho y Ciencias Políticas* 15(20), 479. <http://dx.doi.org/10.21503/lex.v15i20.145>
- 2
- Paucar, C. (2025, 14 de septiembre). Colectivos digitales piden voto con sanción en las elecciones 2026 en el Perú. *La república*. <https://larepublica.pe/politica/2025/09/14/colectivos-digitales-piden-voto-con-sancion-en-las-elecciones-2026-en-el-peru-hnews-601653>

- Portugal, F. (2019). Crisis de representación política y reforma política en el Perú. *XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima*. <https://cdsa.academica.org/000-030/352.pdf>
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2025). *Actuar, confiar y conectar caminos. El valor de la acción conjunta para el desarrollo sostenible. Informe sobre desarrollo humano*. https://www.undp.org/sites/g/files/zskgke326/files/2025-07/informe_sobre_desarrollo_humano_pnud_2025-version_digital.pdf
- Quecedo, R., & Castaño, C. (2002). Introducción a la metodología de investigación cualitativa. *Psocial. Revista de Psicodidáctica*. 14, 5-39. <https://www.redalyc.org/pdf/175/17501402.pdf>
- Quilca, M. (2025, 19 de diciembre). Mano dura y cárceles al estilo “Bukele” en las Elecciones 2026: ¿Qué propuestas son viables en la lucha contra la criminalidad?. *Infobae*. <https://www.infobae.com/peru/2025/03/30/mano-dura-y-carceles-al-estilo-bukele-en-las-elecciones-2026-que-propuestas-son-viables-en-la-lucha-contra-la-criminalidad/>
- Rausky, M., & Santos, J. (2021). La investigación empírica, abordaje cualitativo e E-research. *PRACS: Revista Eletrônica de Humanidades do Curso de Ciências Sociais da UNIFAP*, 14(2), 23-39. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/172639>
- Roca Luque, F. (2016). “Factores que influyen en la decisión del voto de los ciudadanos del distrito rural de Ocros en las elecciones presidenciales - 2016”. <https://repositorio.unsch.edu.pe/items/8f0e47e1-a7e2-436b-896f-6bfd27a300f4>
- Rodríguez A. (2016). El ascenso de los candidatos outsiders como consecuencia de las nuevas formas de comunicación política y la desafección ciudadana. *Comunicación y Hombre*, (12), 73-95. <https://doi.org/10.32466/eufv-cyh.2016.12.191.73-95>
- Rosales, D., & Guillén, H. (2022). Las emociones y su relación con el voto en las elecciones peruanas del 2021. *Psocial. Revista de Investigación en Psicología Social*. 8(1), 1-12. <https://www.redalyc.org/journal/6723/672371222008/672371222008.pdf>
- Sagüés, N. (1990). Partidos políticos y representación política. *Themis*, 17, 7-12. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5110038.pdf>
- Sánchez-Sibony, O. (2022). *Democracy without parties in Peru: The politics of uncertainty and decay*. Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-87579-4>
- Sánchez, F., & Liendo, N. (2020). *Manual de ciencia política y relaciones internacionales*. Universidad Sergio Arboleda. <https://repository.usergioarboleda.edu.co/bitstream/handle/11232/1455/La%20representacio%CC%81n%20poli%CC%81tica.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

- Schedler, A. (1998, noviembre). Los partidos antiestablishment político. *Este País*, 68. <https://sociologiapoliticauba.wordpress.com/category/unidad-v/>
- Silva, M. (2023). *Factores psicosociales asociados al voto inválido de peruanos durante las elecciones presidenciales del 2021* [Tesis para obtener el título profesional de Licenciado en Psicología]. Pontificia Universidad Católica del Perú. Facultad de Psicología. <https://tesis.pucp.edu.pe/server/api/core/bitstreams/0f4bec29-2e94-424d-aa4a-780b44a08b03/content>
- Sparrow, B., & Ocampo, D. (2013). *Institucionalidad y partidos políticos en el Perú: ¿Qué factores influyen sobre la probabilidad de la elección local de partidos institucionalizados?* Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE). <https://cies.org.pe/investigacion/institucionalidad-y-partidos-politicos/>
- Stake, R.. (1999). *Investigación con estudio de casos*. Ediciones Morata. <https://www.uv.mx/rmipe/files/2017/02/investigacion-con-estudios-de-caso.pdf>
- Tanaka, M. (1990). La crisis de representación de la sociedad peruana y la importancia en el análisis del "plano individual". Una revisión crítica de alguna literatura de la primera mitad de los noventa. *Estudios sociológicos XIII*, 38, 421-432. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6164150.pdf>
- Tanaka, M. (1999). Los partidos políticos en el Perú (1992-1999): Estatalidad, sobrevivencia y política mediática (Documento de Trabajo No. 108, Serie Sociología y Política No. 25). Instituto de Estudios Peruanos. <https://centroderecursos.cultura.pe/es/registrobibliografico/los-partidos-politicos-en-el-peru-1992-1999-estatalidad-sobrevivencia-y-politica-mediatica>
- Yaya, A. (2025, 19 de diciembre). Elecciones 2026: 29 partidos políticos firmaron el Pacto Ético Electoral del JNE. *La República*. <https://larepublica.pe/politica/2025/12/18/elecciones-2026-29-partidos-politicos-firmaron-el-pacto-etico-electoral-del-jne-hnews-1798452>